

cante que sea, jamás se confiesa vencido en virtud de su inepticia y de la superioridad de su contrincante; interesados vivamente la vanidad, el amor propio y el espíritu de cuerpo, hay que buscar un pretexto para excusar el mal resultado de un proyecto ó de una empresa desgraciada, cuyo pésimo efecto se atribuye, en la generalidad de los casos, á las malas artes de la suspicacia, de la intriga y de la corrupción.

Los diarios clericales han terciado en el debate, de manera inconveniente, pues en vez de plantear la controversia en las hermosas y serenas regiones de la razón, de la verdad y de la justicia, han acudido á las argucias de mala ley, envenenando la cuestión y descendiendo á un terreno que no es el del juicio severo, imparcial y de conciencia.

Para nosotros, que hemos querido juzgar en la ocasión con el criterio sereno del historiador veraz, *la caída de la plaza de Querétaro era un hecho inevitable*, según se desprende de la misma naturaleza de las cosas, y de los datos y noticias procedentes de fuente imperialista que hemos publicado, sin que se necesitara en manera alguna de la traición de López para obtener ese resultado; y aun admitiendo, sin conceder, el procedimiento atribuído á éste, la mancha recaería sobre sus autores y nunca sobre los jefes republicanos que se aprovecharían de esa ventaja para poner término á una guerra insensata que estaba devorando al país.

Si hubo traidores, éstos se deben buscar en el círculo ó asociación que ávida de mando, sedienta de venganza, abrigando odios, y abusando de la candidez del Archiduque, engañó á éste con halagos y promesas ilusorias, obligándole á sostener una guerra sin probabilidades de triunfo para él; guerra que el pueblo mexicano sostuvo con entusiasmo y con fe, sin que la infidencia de un súbdito del llamado Emperador, pueda amenguar, ni en un ápice, la gloria justamente adquirida por aquél, en defensa legítima de su honra, de su libertad y autonomía.

Una vez reconocida por los Generales de Maximiliano la imposibilidad de seguir defendiendo la plaza, la cuestión que surgía desde luego, terrible y amenazadora, era la de procurar y resolver el modo como debería verificarse la evacuación.

En Puebla, ya el demócrata González Ortega había enseñado la

manera digna y honrosa de sucumbir, sin pedir nada, absolutamente nada, al vencedor; pero para los imperiales, este medio les estaba vedado, atentas sus circunstancias muy particulares y su resolución firme de no tratar con los republicanos; en tal virtud, la única solución posible era la de abandonar la plaza para buscar con ello, no la salvación del ejército, sino la suya particular, esto es, la de los principales jefes.

Por eso, á la conclusión del Informe que éstos rindieron á Maximiliano, referente al asunto, estamparon estos conceptos:

“En tan dura extremidad, los que subscriben creen cumplir su deber de conciencia y de soldados, diciendo á V. M., que su alto carácter de Soberano, así como nuestra calidad de Generales, nos impone un último deber, que será también un *costoso y heroico sacrificio*.”

Pero, como lo hace observar juiciosamente el Sr. Iglesias Calderón,¹ “una batalla general con probabilidades, aunque escasas de éxito, y una salida á viva fuerza (esto era lo que se proponía), no pueden ser consideradas como un *costoso y heroico sacrificio*,” é insiste en afirmar, “que el pensamiento capital de los Generales reaccionarios era salvarse los principales de ellos, asimilando la caída de Querétaro á los desastres de Calpulálpam y Jalatlaco.”

El mismo escritor, para probar su dicho, copia unos párrafos del “Diario del Sitio,” inspirados por el Gral. Miramón, y escritos por uno de sus hermanos; párrafos que para nuestro objeto juzgamos decisivos, y que por lo tanto los reproducimos en seguida, y que dicen así:

“Día 13.—Los soldados y paisanos manifiestan deseos de que concluya esta situación, y los primeros continúan desertándose. Varios generales y jefes han perdido el ánimo que parecían tener en épocas de prosperidad, y difunden ideas que desalientan á los que conservan aún su serenidad y sangre fría. El Exmo. Sr. General Miramón procura atender á todo, y por su energía solamente se sostiene la plaza y se conservará ileso el honor de las armas hasta el último trance. Se ha determinado librar una gran batalla (ya hemos visto que esto no era posible) para resolver la cuestión, y mañana es el día destinado para poner en práctica el gran plan acordado entre S. M. el Emperador y los Generales Miramón, Mejía y Castillo.....”

¹ La traición de Maximiliano.—Rectificaciones históricas.

“Día 14.—Si el plan fracasa, se emprenderá la retirada (¿por dónde? si estaban cercados), tomando cada cual el rumbo que le parezca, pues las tropas no volverán á la ciudad, ni será posible, puesto que deben abandonarse los parapetos de la línea de defensa, con excepción de los de la línea del río, que deben ser cubiertos y defendidos hasta el último momento. El Sr. General Mejía no ha logrado reunir los voluntarios que había propuesto, pues ha decaído mucho el ánimo del pueblo queretano. Las tropas manifiestan también gran desaliento, abandonan las filas imperiales con el mayor descaro; de modo que á las 6 de la tarde de este día que es la hora en que esto se escribe, puede decirse ya que NO HABRÁ BATALLA y que sólo se intentará una salida á mano armada para que SE SALVE EL QUE PUEDA. A las 7 de la noche ha sido llamado por el Emperador el Excelentísimo Señor General Miramón, quien después de una larga discusión con Su Majestad recibió la orden de suspender todo movimiento hasta la noche del próximo día 15, y en consecuencia, se mandó quedara sin lugar la operación, lo cual hizo aumentar el desaliento de las tropas. El Gral. Méndez ha sido quien ha hecho desistir á S. M. del proyecto de salida, ofreciéndole que para el siguiente día 15, podría verificarse con buen éxito; y á pesar de las observaciones del General Miramón y á pesar también de la absoluta falta de víveres y pasturas, el Emperador ha insistido en que obsequiando (se obsequien) los deseos del General Méndez, contra la opinión del Excelentísimo señor General Miramón quien contestó á S. M.: “DIOS NOS CUIDE EN ESTAS 24 HORAS.”

“Día 15.—A las dos de la mañana desertaron de sus puestos en la línea del río los jefes del batallón de Querétaro, Coronel José María Paz y Puente, Teniente Coronel Pedro Ontiveros y Comandante de batallón Gil de Castro, quienes fueron á presentarse al enemigo, causando una gran alarma en su batallón y en la línea..... Entretanto el enemigo introdujo sus tropas por el Convento de la Cruz; las imperiales se retiraban hacia el Cerro de las Campanas y otras se pasaban al enemigo que iba poco á poco tomando la línea, sin encontrar resistencia pues había llegado el momento de que cada cual buscara su salvación.”

Queda plenamente probado, que la salida había consistido en un simple ¡sálvese el que pueda!”

El Dr. Samuel Basch, testigo presencial de los acontecimientos, y que estaba en las intimidades del Archiduque, expone lo siguiente:

“Nuestras circunstancias en Querétaro eran ya tales, que comprendimos la imposibilidad de sostenernos por más tiempo; era indispensable partir. Ni aun podíamos esperar el socorro de Márquez, aun cuando éste hubiese salido ya de México.

“Sólo se trataba de decidir qué rumbo tomaríamos. Hacia la capital, ni pensarlo: éramos hartos débiles para hacer ese camino, aun cuando lográsemos romper las líneas enemigas. Habríamos tenido en tal caso, á la espalda, el ejército de Escobedo y el de Corona, superiores con mucho al nuestro en número y en recursos; al frente, el de Porfirio Díaz, el cual, según todas las conjeturas, debería estar sitiando á la Capital. Entre estos poderosos cuerpos de ejército, el reducidísimo nuestro tenía que ser aniquilado en un instante. Sólo un camino nos quedaba, el de la Sierra.....

“Conforme al plan concertado, el Emperador esperaba en la Sierra la marcha de los acontecimientos, así como también las noticias de la Capital, para sus ulteriores decisiones.

“En la peor hipótesis, había camino abierto para el Golfo de México, por la Sierra. En Veracruz estaba la corbeta austriaca *Elisabetta*, al mando del Capitán Groller, y no hubiera sido difícil hacerla llegar á Tuxpan, puerto el más cercano, adonde se podía ir desde Sierra Gorda.

“Quedóse, pues decidido que ese rumbo tomaríamos, y se dictaron las medidas oportunas.....”¹

En vista de lo anterior, “queda plenamente probado, concluye el mencionado Sr. Iglesias, que la salida había consistido en un simple ¡sálvese el que pueda!”²

A mayor abundamiento de lo que antecede, en medio de este caos de dudas y recriminaciones, la incógnita vino á despejarse de manera absoluta: habló el General Escobedo, y su autorizada palabra vino

1 Dr. Samuel Basch.—Recuerdos de México.

2 Este distinguido escritor, con un celo y laboriosidad muy laudables, que dan la medida de su vasta instrucción, de su buen juicio, imparcialidad y recto criterio, acaba de prestar un inmenso servicio á la historia, esclareciendo, ó más bien, aclarando concienzudamente todo lo relativo al drama de Querétaro, y ello por medio de disquisiciones importantes, consignadas en un precioso libro intitulado: “La traición de Maximiliano.”

En ese trabajo, notable bajo todos aspectos, y al que, en comprobación de nuestro aserto, remitimos á nuestros lectores, ha quedado dilucidada la cuestión relativa á un suceso memorable que la ofuscación y el espíritu de partido no han querido reconocer en su verdad

á descorrer el velo que cubría ese secreto: el testimonio del jefe republicano es decisivo, y nosotros lo publicamos en el Apéndice de este tomo, pues él, como dice un ilustrado escritor, "completa y perfecciona este pasaje memorable de la historia patria."¹

desnuda y en sus peripecias repugnantes, pero que la razón severa y la lógica inflexible de los hechos se han encargado de patentizar, designando al infortunado Archiduque como el único y verdadero traidor en esa tragedia, que ha llamado tanto la atención pública, y cuyo desenlace sangriento tuvo verificativo en el histórico "Cerro de las Campanas."

¹ Ampliando los datos que anteceden y á mayor abundamiento, creemos oportuno el agregar: que el General Don Francisco Vélez, como es sabido, fué el designado por el General Escobedo para la operación importantísima de la toma del punto de la Cruz, considerado como la llave de la plaza de Querétaro.

Pues bien, este Jefe honrado, valiente y pundonoroso, desempeñó á satisfacción su delicado cometido, abriendo, puede decirse, con su habilidad y arrojo, al ejército republicano, las puertas de la ciudad que llegó á ser la tumba del segundo Imperio; y de ese notable hecho de armas, el laborioso historiador Don Angel Pola publicó un interesante *reportage* en su obra intitulada: "*Los traidores de los traidores*," y de él tomamos los siguientes párrafos:

"Al llegar al Convento, el General Vélez y López subieron. Recorriendo los corredores altos, vieron una habitación, por cuyas puertas, apenas abiertas, salía una ráfaga de luz débil. López tentó á Vélez:

—Asómese Ud.

Apenas Vélez hubo asomádose, López satisfecho le preguntó:

—¿Qué vé Ud.?

Vélez contestó:

—Veó á Maximiliano.

El Emperador peinábase la barba frente á un espejo de tocador y vestía un sobretodo de color de haba. El y las tres ó cuatro personas que le hacían compañía, entre ellas el General Agustín Pradillo, daban la espalda.

Volvieron á la huerta, ya en disposición de ocupar las alturas.

—¿Qué, ya sabe todo esto el Emperador? preguntó Vélez á López.

—Desde hace rato está enterado de todo, y hasta sabe que estamos aquí,—contestó López.

—Pero, ¿cómo? tornó á preguntar Vélez, no explicándose cómo podía saberlo el Emperador, cuando López no se le había desprendido un momento para nada.

—Se lo mandé decir con Yablonski, desde que entramos en la brecha.

.....
"Ese mismo día de la victoria, de paso Vélez por el departamento donde estaban presos el Emperador, Salm Salm y otros jefes, aquel preguntóle:

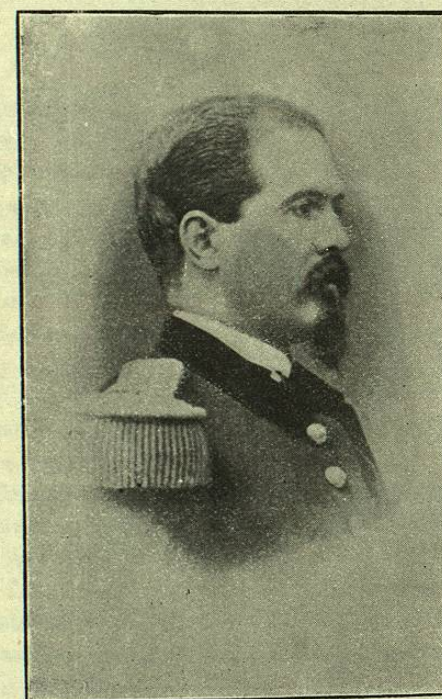
—General, ¿sabe Ud. qué ha pasado con Miramón?

—Está herido en un carrillo—contestó Vélez.

—¿Qué, pudiera Ud. decirnos si también él nos traicionaría?

—Ud. es quien mejor debe saberlo.

El Emperador se puso rojo de vergüenza y guardó silencio oprobioso, viniendo á tierra toda su majestad."



GENERAL FRANCISCO A. VELEZ.